

poco su verdad, por medio de un método que el perfeccionaría poco a poco. Se teme al bello tumulto, a la cacofonía que estallará repentinamente en el orden tradicional y la disciplina imponente, si todas esas jóvenes inteligencias se dedicasen cojeando, levantándose y cayéndose, cada uno a su manera, y según su propio modo de ser a la conquista de la verdad. Ciertamente es que de ese modo no se llegaría muchas veces al final del curso completo; sin contar que el curso completo es otra de las *grandes preocupaciones* que hoy pesan sobre la enseñanza.

Todo esto es verdaderamente exacto; la escuela moderna necesita ante todo un poco de *libertad*. Tal es la única reforma. Tanto desde el punto de vista pedagógico como del sociológico; esa es la palabra del enigma. Libertad para el discípulo de mostrarse como es y de progresar hacia el saber según su propia ley y sus propias fuerzas, no bajo la sofocante autoridad de un orden impuesto, de una fórmula establecida en nombre de lo *perfecto* y de lo *absoluto*. Libertad para el maestro de recurrir a todos los medios necesarios para desarrollar e interesar al discípulo.

Se ha repetido siempre que la educación es una experimentación de todos los instantes: lo mismo debe decirse de la instrucción; cómo será dócil el maestro a las indicaciones de los experimentos que instituye sin cesar la práctica de su arte, si halla todo minuciosamente reglamentado de antemano por los pontífices que dogmatizan desde la cima de su jerarquía?

Si tiene impuesta hora fija para los cursos, designadas las materias que ha de enseñar, y preceptuada invariablemente la manera de enseñar?

Si toda iniciativa, toda buena voluntad está oprimida entre los fueros de un empleo del tiempo y de un pro-